

BERNSTEIN, Richard J.: *Ironic Life*, Polity Press, Cambridge, 2016, 168p.

*Ironic Life* es el fruto de las investigaciones de los últimos años del filósofo neoyorquino Richard J. Bernstein. El texto no es una elucidación exhaustiva del concepto de ironía, es, más bien, como se puede colegir del título, un intento de aplicación de la ironía a nuestras vidas. Planteado así, podría pensarse que, más que un texto filosófico, estamos frente a libro de autoayuda, lo cual tiene algo de cierto. Bernstein, basándose en una distinción tomada de Alexander Nehamas [*The Art of Living: Socratic Reflections from Plato to Foucault*, University of California Press, 2000], diferencia entre filosofía teórica, que es la que monopoliza el discurso filosófico académico hodierno, y la filosofía de la vida, relegada, en general, al olvido [p. 15]. Aquella sería la que centra su atención en buscar un cierto orden en uno o varios temas (Nehamas usa en concreto la expresión “*getting things right*”), mientras que la segunda estaría más enfocada a pensar qué significa vivir una vida verdaderamente humana. Esta búsqueda debería influir directamente en nuestras vidas, y por eso puede ser considerada, en cierto modo, como una autoayuda, aunque no del tipo que nos encontramos en las estanterías de *best sellers* al uso. Como se puede comprobar a lo largo de *Ironic Life*, los autores con los que dialoga Bernstein se aproximan, cada uno desde un enfoque distinto, al concepto de ironía de un modo más práctico que teórico, reivindicando esa filosofía del arte de vivir que, más que poner cierto orden conceptual, busca la excelencia del ser humano.

En el primer capítulo, el filósofo neoyorquino profundiza en las propuestas de J. Lear y de R. Rorty sobre la ironía. Lear nos muestra cómo la capacidad de experimentar la ironía puede convertir nuestra vida en excelente. Evidentemente, no todos gozamos de esa facultad, lo cual implica que

---

Recibido: 06/01/2017. Aceptado: 21/06/2017.

no todo el mundo puede alcanzar ese privilegio. Es más, incluso teniendo esa capacidad podemos no alcanzar la maestría suficiente para llegar a disfrutar de las bondades de la ironía en nuestra vida diaria. Por eso afirma Lear, siguiendo a Kierkegaard, que “ser humano no es tan sencillo”. Lear se toma en serio esta afirmación y despliega la idea de que la “experiencia de la ironía” se produce gracias a una “ruptura irónica” de lo que él entiende como “identidad práctica” [*A Case for Irony*, Harvard University Press, 2011, p. 31]. Esta identidad viene definida por lo que más profundamente nos caracteriza, es decir, en el caso de Kierkegaard, su más honda preocupación giraba en torno al hecho de ser cristiano, y, en el de Lear, la de ser profesor. Para llegar a sentir la ironía en primera persona, se debe producir una disrupción de ese territorio ordenado que es mi vida normal (como profesor, como cristiano, etc.), disrupción violenta al ser una puerta abierta a lo “inquietante” (Lear usa el vocablo *uncanny* en el sentido del *unheimlich* freudiano). Esta experiencia, de un modo que Lear no acierta a concretar, permea nuestra vida ordinaria y la enriquece, ya que lo inquietante, que pertenece al inconsciente, fertilizará el ámbito de lo consciente que, en gran medida, conforma nuestra identidad práctica.

La posición de Rorty es radicalmente distinta, partiendo del hecho de que no es necesaria, como en Lear, una especie de don u “oído para la ironía”. Rorty es mucho más práctico, y lejos de introducir la figura de la enajenación de la identidad, aboga por una toma de distancia consciente respecto a nuestros vocabularios últimos. En principio, cualquier persona con una mínima capacidad de raciocinio y autocrítica puede convertirse en un ironista. Dicho de un modo más preciso, ironista es aquel que (1) tiene continuas y radicales dudas de sus convicciones últimas; (2) los argumentos defendidos en su vocabulario último no pueden disolver sus dudas y, al mismo tiempo, (3) no considera que su postura esté más cerca de la realidad que la de los demás [p. 31]. Esa sería la excelencia que nos proporciona la ironía rortiana, que tiene, además, la ventaja respecto a la de Lear de influenciar la política casi directamente. Parece claro que una persona que cumpla aquellas condiciones, siempre tendrá una postura frente a los demás más tolerante que otra que se considere en posesión de la verdad. Por tanto, una sociedad compuesta por individuos irónicos es una sociedad más tolerante y, en consecuencia, menos cruel, ya que en ningún caso se privaría a nadie de algo tan personal como la opinión y la libertad de expresión [R. del Castillo, *Rorty y el giro pragmático*, Batiscafo, 2015, p. 98 ss.].

En el segundo capítulo, Bernstein analiza la ironía socrática a la luz del debate entre Vlastos y Nehamas, es decir, teniendo siempre presente la

idea del arte de vivir como horizonte. Podría decirse que ese horizonte lo encarna el mismo Sócrates y, en concreto, su vida y ejemplo. Como Vlastos nos muestra, la ironía del maestro de Platón es un modo de vida, no una investigación teórica que busque responder a la pregunta “¿qué es ironía?”. La forma concreta de ésta es la de la “ironía compleja”, que consiste en decir lo que se quiere expresar y lo que no [p. 60 ss.]. Nehamas (y Bernstein está de acuerdo con él) critica la pobreza del alcance de esta interpretación: si la ironía consiste en decir lo contrario de lo que se piensa, no hay nada de complejo ni de ironía, sino puro cinismo. Nehamas, por su parte, defiende que la ironía socrática se caracteriza por el silencio, es decir, por lo que, pese a la locuacidad del “sabio” griego, se oculta en su discurso. El ejemplo socrático nos abocaría a una constante interpretación y reinterpretación de mí mismo, de mis creencias, tal y como Sócrates ilustra. De algún modo, de esa relectura de nosotros mismos, surge un mayor autoconocimiento y, en consecuencia, una más que posible comprensión práctica de lo que es la vida. Por eso su discurso gira alrededor del arte de vivir.

Otra de las grandes figuras filosóficas que se han ocupado del tema de la ironía es S. Kierkegaard, el cual se encuentra, de un modo u otro, detrás de todos los enfoques de los autores que trata Bernstein en el presente volumen. El caso más explícito es el de Lear, como hemos ya apuntado, con su dificultad de ser un humano completo, solamente posible mediante la disrupción irónica. También en Vlastos y en Nehamas se aprecia la influencia del danés al entender a Sócrates como ejemplo de vida (irónica) antes que como conceptualización. En el tercer capítulo se centrará, dada la gran influencia de Kierkegaard en el debate, en exponer su lectura de la ironía kierkegaardiana. La tesis principal de la interpretación de Bernstein es que la gran enseñanza de toda la filosofía del danés es confrontarnos con nuestra ignorancia y con nuestras confusiones vitales y del pensamiento [p. 78].

La postura del danés nace, como no podía ser de otro modo, del diálogo con Hegel, quien defiende que la ignorancia de Sócrates es fingida, dado que, si bien es cierto que con sus preguntas dinamitan el saber de su época, no lo es menos que van encaminadas a la búsqueda del Bien universal [p. 83], convirtiéndolo en uno de los eslabones iniciales de la historia de la filosofía y de la dialéctica en la que se basa. Kierkegaard acusa a Hegel de forzar la imagen de Sócrates para darle cabida dentro de su sistema filosófico. Por esta discrepancia en su primera obra *El concepto de ironía*, se centra en marcar distancias respecto a Hegel, abundando en la parte negativa de la ironía socrática. En efecto, la ignorancia de Sócrates no es fingida, es completamente real, además de infinita y negativa. Lo primero en tanto que va

dirigida a todo lo existente en un momento determinado. Negativa porque no puede ofrecer nada positivo, esto es, de ella no surge nada positivo. La ironía de este primer Kierkegaard es, por tanto, absolutamente negativa, alejándose por completo del concepto de *Aufhebung* hegeliano [p. 87]. La pregunta que surge aquí es qué ocurre toda vez que aplicamos esa ironía absoluta a la totalidad de lo existente, incluidos nosotros mismos; la respuesta es clara, esa misma ironía, que en principio debería ser el medio para la construcción del yo (sin ella no se puede ser humano, según Kierkegaard) aniquila toda posibilidad de salir de su espiral nihilista. Pero el danés no se queda ahí, afirma también que “la ironía negativa es el camino; no la verdad, el camino” [p. 99]; de hecho, una vez llegados a esta negatividad absoluta, se despierta en el individuo un deseo, un *eros* que debemos sentir y que nos llevará a un nuevo modo de ser humanos una vez que la ironía negativa nos ha limpiado de todos esos prejuicios y errores que se asumen acríticamente en la vida diaria. La verdad sería entonces esa nueva vida florecida al final del arduo camino de la ironía absoluta. Visto así, en efecto, alcanzar la excelencia, único modo de ser humanos, es francamente difícil, una tarea vital.

El último capítulo sirve a Bernstein a modo de compendio de todo lo tan minuciosamente tratado a lo largo del libro, pero no solo eso, también plantea la pregunta “¿por qué es importante la ironía?” justo al final de este último capítulo [p. 124-125]; la sensación del lector después de haber llegado hasta aquí es de inquietud, ya que se tiene la impresión de haber pasado algo por alto, o de como si, después de haber leído todo con sumo interés, se abriera en sus dos últimas páginas el cofre del tesoro, esto es, el argumento principal del libro. Pero hay que reconocer que Bernstein es un maestro en este tipo de incentivos, y nos saca de esa duda orientándonos hacia otra incertidumbre todavía de mayor alcance: la de no saber si la filosofía como la entendemos en general hoy en día (es decir, como un esclarecimiento de un tema que indicaba Nehamas) no oscurece su verdadero fin, es decir, tal como provocativamente Sócrates lo expuso [Rep. 352 d, cursiva de Bernstein]: “éste no es *un tema* cualquiera, sino que concierne a cuál es *el modo en que se debe vivir*”.

El interés de *Ironic Life* reside principalmente, o al menos así nos lo parece, en ese énfasis en la práctica de la vida, en la recuperación, en suma, de una vieja tradición un tanto olvidada y que tantos nuevos horizontes nos señala.

Álvaro Ramos Colás